

El libro transatlántico. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)

José Enrique Navarro (University of Texas at Austin)

[Larraz, Fernando. *El libro transatlántico. Relaciones editoriales entre España y América Latina (1936-1950)*. Gijón: Trea, 2010. 199 pp.]

Esta monografía representa un destacado aporte a la escasa pero creciente bibliografía académica dedicada al estudio de la historia de la industria editorial en lengua española. Metodológicamente, se caracteriza por el propósito de complementar y contrastar las más tradicionales fuentes de información —el testimonio de los protagonistas del mundo del libro y los datos estadísticos existentes sobre producción editorial— con el examen, por un lado, de los archivos de las Cámaras del Libro y otras asociaciones corporativas de editores y librerías, y, por otro, de los catálogos editoriales. Su autor, Fernando Larraz, sigue aquí una línea de investigación, heredera de la Escuela de Bibliología de Robert Escarpit, que parte de la premisa bourdieuana de la doble faz, económica y simbólica, del libro y el editor.

El libro que reseñamos se conforma de una introducción y seis capítulos, seguidos de una bibliografía escogida y un índice onomástico. Cabe distinguir en él tres arcos temáticos: los dos primeros capítulos examinan el mercado editorial español antes y después de la Guerra Civil. Los dos siguientes están dedicados a la denominada edad de oro de la edición latinoamericana, que Larraz sitúa entre 1936 y 1950, así como a sopesar la relevancia de que muchos de los puestos directivos de las casas editoriales americanas los ocuparan españoles. Finalmente, los capítulos quinto y sexto abordan tanto la tensión que produjo en las relaciones editoriales transatlánticas la política del libro del régimen franquista como el declive de la industria editorial argentina a finales de la década de los cuarenta del siglo pasado.

En el primer capítulo, Larraz desgrana los motivos que frenaron y más tarde aceleraron el dominio español del mercado americano del libro. Como cargas, junto a la tardía industrialización peninsular y el consecuente desfase técnico, el autor documenta la falta de atención a los gustos del lector americano, así como los elevados costes del papel y los envíos postales. Aunque algunas medidas gubernamentales de apoyo al sector agilizaron el comercio ultramarino, el factor fundamental que permitió su crecimiento fue la neutralidad de España en la Primera Guerra Mundial. Ya entonces Latinoamérica se convirtió en depositario de los excedentes del eximio

eximio mercado del libro peninsular (22-23). Truncan el auge del libro español dos circunstancias: la crisis de divisas que sobrevino al crack del 29 y el estallido de la Guerra Civil.

Este declive del sector editorial español favoreció el despegue de la edición en Argentina, pero en opinión de Larraz no necesariamente lo determinó. Junto a la inexistencia de aranceles sobre papel y las tarifas postales reducidas, Argentina contaba ya desde los años veinte con una industria editorial asentada (86). El autor justifica que su estudio se centre en el mercado austral por dos motivos: uno, que Buenos Aires sucediera de facto a Barcelona como meridiano intelectual y centro editor en castellano a partir de la década de los cuarenta (85), y dos, por la fiabilidad comparativa de los datos estadísticos disponibles (90). Al libro argentino le dedica casi en su integridad los capítulos tercero y cuarto, con breves pero documentadas alusiones a las otras dos industrias editoriales emergentes: Chile y México. El tercer capítulo se cierra con el examen —costumbre habitual al analizar esta época— de los catálogos de las tres casas punteras —Losada, Sudamérica y Emecé— y sus diferencias.

El cuarto capítulo aborda al protagonismo de los españoles en las editoriales argentinas. Larraz realiza aquí una doble operación de desmitificación. Por una parte, refuta argumentadamente la idea de que todos los editores que aterrizaron en el país austral —con Gonzalo Losada (Losada), Antonio López Llausás (Sudamericana) o Mariano Medina de Río (Emecé) a la cabeza— pertenecieran al exilio republicano. A diferencia del caso mexicano, el autor observa en Argentina una identificación de los editores foráneos con la cultura del país de acogida (117). Por otra, apunta con brillantez que tales emprendimientos cristalizaron gracias a la existencia de imprentas locales.

Los dos últimos capítulos examinan con detalle la política del libro durante el régimen franquista y el colapso del sector editorial argentino tras la crisis inflacionaria de 1948 a 1953. El proyecto de expansión comercial del libro español se correspondió con la puesta en práctica de una política proteccionista que dificultaba la entrada del libro latinoamericano en España. Las reiteradas protestas de los editores argentinos contra los abusivos trámites de importación y la arbitrariedad de la censura española dieron lugar a la firma de distintos acuerdos de reciprocidad, que España incumplió sistemáticamente. En 1946, la política del libro franquista tomó carta de naturaleza con la aprobación de la Ley de Protección del Libro Español, cuyas medidas tenían un propósito no sólo económico. La recuperación de los llamados mercados españoles de ultramar quiso representar una rehispanización de América, y con ella un reconocimiento de la superioridad de la cultura peninsular y de los valores de la Nueva España (149). Conforme a esta idea, las Cámaras del Libro, entidades corporativas que nacieron con

el auge del libro español en la década de los veinte, fueron disueltas en 1942 y sus funciones asumidas por el Instituto Nacional del Libro Español.

Un cúmulo de circunstancias llevaron al hundimiento del sector editorial argentino. Primeramente, entre el otoño de 1945 y el verano del año siguiente los editores argentinos encontraron dificultades para fletar sus libros. Larraz documenta cómo, terminada la guerra en Europa, los barcos fueron empleados para exportar productos de primera necesidad (185). La aprobación de la Ley de Protección del Libro Español y el comienzo de la crisis económica pusieron la puntilla. La tardía respuesta, con la promulgación de la Ley del Libro Argentino en 1953, fue anulada por el nuevo estallido de la inflación entre 1955 y 1957 y el clima de inseguridad política que desembocarían en las dictaduras militares de 1966 y 1976.

Todo el análisis previo permite afirmar al autor que la expansión de la industria editorial española en Latinoamérica no contribuyó a crear un espacio de democracia. Por el contrario, en casos como el del catálogo de Espasa, sirvió para extender el campo de la censura española a América (126). Por otro lado, la autonomía editorial alcanzada en la década de los cuarenta favoreció la emancipación cultural en Latinoamérica, al abandonar las repúblicas americanas la posición de inferioridad que habían mantenido en sus relaciones culturales con Europa. Según Larraz, aquí se hallaría el germen del desarrollo cultural y literario de las décadas posteriores (190).

En síntesis, nos encontramos ante una obra necesaria, que cubre con rigor y un amplio aparato crítico el análisis de un período de gran trascendencia en la historia editorial y cultural de los países hispanos. Su lectura permite entender más cabalmente la situación actual de la edición en Hispanoamérica, dominada, con muy pocas excepciones, por grandes grupos de comunicación europeos. Circunstancia esta última, por cierto, aún pendiente de mayor estudio.